

Este comité realizaba una obra, cuya importancia es difícil exagerar; porque él fué el primero en llevar adelante, de una manera imperativa, la idea de reunir el primer Congreso continental. Esta proposición fué, según se dice, adoptada por dictamen de John Jay, joven legislador de buena familia hugonote.

Bajo los auspicios del comité, los propietarios escogían cinco delegados en este Congreso; de este número formaron parte el mismo John Jay, y como es natural, un miembro de la familia Livingston.

Los radicales y los ultra-radicales, los *Hijos de la Libertad* y los miembros del antiguo comité de vigilancia, así como el comité de los obreros manuales, cuerpos que se supone representaron las clases no provistas de voto, quedaron muy descontentos de las medidas tomadas por el comité de los Cincuenta y dos.

Con esto, era de temer una ruptura entre los dos bandos del partido patriota. Pero se evitó ésta por mutuas concesiones, y los delegados fueron elegidos sin oposición. Tomaron parte muy activa en los actos del primer Congreso continental, durante su corta sesión, y la colonia siguió, desde entonces, la suerte común de las colonias americanas.

En este mismo momento, el comité de los Cincuenta y dos se disolvió, dejando su puesto á otro, que no difería de él más que por el número, que era de sesenta miembros.

CAPITULO X

LA GUERRA DE LA REVOLUCIÓN (1775 á 1783)

El segundo Congreso continental.—Falta de entusiasmo en frente de la revolución.—Los leales.—Violencias populares.—Clausura de las iglesias episcopales.—La lucha por la independencia.—Supresión de la asamblea colonial.—Washington toma el mando de New-York.—Debilidad de la ciudad.—Operaciones de los ingleses contra New-York.—Los *Hessois*.—Complots de los reaccionarios.—Derrota de los americanos en Long-Island.—Washington desaloja la ciudad.—Derrota en la bahía de Kip.—Combate en las alturas de Harlem.—Batalla de las Llanuras blancas (*White Plains*).—Retirada de Washington en New-Jersey.—Victoria en Trenton.—Terror que inspira la ocupación inglesa.—Grandes incendios.—Ejecución de Nathan Hale.—Horrores de las prisiones.—Impedimento de Washington.—Evacuación de New-York por los ingleses.

El año 1775 fué para la ciudad de New-York una época de gran incertidumbre y de viva ansiedad. Todas las clases estaban unidas para enviar delegados al primer Congreso continental.

Los partidarios más ardientes de la corona y del Parlamento se oponían al Acta del timbre y al Acta sobre el te. Buscaban, al protestar contra éstas, los medios de restablecer la armonía en condiciones satisfactorias entre la madre patria y sus colonias.

Por otra parte, el partido popular retrocedía ahora ante la independencia.

Los hombres que primero soñaron con la separación de Inglaterra se encontraban en una pequeña é impotente minoría. En realidad, no formaban más que un núcleo de republicanos entusiastas que, durante algunos años, habían tomado la costumbre, en sus festines, de beber á la salud de los famosos regicidas ingleses.

Desde la convocatoria del segundo Congreso continental desaparece esta unidad de miras. Los *whigs* y los *torys* comenzaban á separarse en opuestas direcciones. Los primeros, inclinados á tomar medidas violentas que debían tender á la separación; los segundos, dispuestos á la reconciliación, aun á costa de la sumisión. Un populacho reaccionario intentó dispersar los mitins donde fueron elegidos los delegados para el segundo Congreso, y fué rechazado después que hubo un gran número de cadáveres.

New-York se hallaba en este momento vacilante.

En realidad, todas las colonias, excepto la Virginia y la Nueva Inglaterra, si bien contaban con partidos patriotas numerosos, animados del más ardiente celo, se mostraron en general bastante tibias para la revolución, porque contaban igualmente con numerosos partidos nacionales y elementos neutros más considerables todavía. Si hubiesen sido abandonadas á sí mismas, es de dudar que estuviesen sublevadas en este momento. Se sintieron arrastradas hacia la independencia por los virginianos y los de la Nueva Inglaterra.

No solamente el elemento reaccionario era muy considerable en New-York, sino que existía, además, un potente partido *whig*, representado por Schuyler y

el gobernador Morris, partido que dió guerreros y estadistas de gran valor, cuando estalló la verdadera lucha, pero que había sufrido grandes disgustos por los desatinos del populacho.

Si bien la mayor parte de esta chusma era eminentemente anti-inglesa, mientras no hacía más que promover alborotos, se preocupaba mucho más de maltratar á los desgraciados reaccionarios aislados que de provocar una guerra á muerte con las tropas y los buques de guerra del rey de Inglaterra.

Es preciso no olvidar que, en este populacho, los reaccionarios eran numerosos y provenían de la parte más vil y violenta de la población.

La legislatura provincial, considerada en conjunto, era de una activa lealtad con respecto al rey; pero, á pesar de la parte proporcional de elementos reaccionarios y neutros que contenía, el partido revolucionario era indudablemente el más influyente sobre el pueblo, y cobijaba en su seno los espíritus audaces y los corazones más elevados de la colonia.

Hay muchas ocasiones de admirar la abnegación resuelta de que millares de adictos dieron prueba al rey, considerando su causa como propia; hay muchas ocasiones de vituperar los excesos cometidos por una pasión del partido popular. Sin embargo, del mismo modo que en la gran guerra civil que estalló en Inglaterra en el siglo pasado, la razón estaba de parte del partido de la libertad.

Los neo-yorkinos más honrados y más inteligentes se contaban entre los partidarios de la revolución, porque los más sagaces y aquellos que pensaban cuerdamente, vieron que, al fin y al cabo, la justicia estaba de parte de los colonos.

Los jóvenes de carácter ardiente y generoso, tales

como Alejandro Hamilton, John Jay y el gobernador Morris, juzgaron que era imposible afiliarse al partido del extranjero. Eran americanos, hombres libres, conscientes de su derecho á ocupar el mismo lugar que lo más selecto de todo el país, y no podían unir su destino al de un partido que profesaba como artículo esencial de su credo su inferioridad.

La masa de los hombres pacíficos, honrados, respetuosos á los instintos conservadores, á los sentimientos no exagerados, podían contentarse con ser tratados como inferiores, siempre que fuesen tratados con dulzura. Podían aceptar que se les tratase como subalternos, y del mismo modo ser acogidos con insolencia, si ante todo eran protegidos. Podían creerse honrados deudores de algún reconocimiento hacia aquello que habían defendido en las guerras varias veces. Podían retroceder ante la perspectiva de los mil males que resultan de una guerra civil, sin otro objeto que el de protestar contra la violación de ciertos derechos y principios abstractos. Pero los jóvenes de espíritu ardiente y elevado, los influyentes por el pensamiento ó la acción, entrevieron con acierto infalible el verdadero fondo de la cuestión. Observaron que la lucha, una vez reducida á sus últimos elementos, tendría por efecto asegurar á los americanos la posibilidad de un completo y libre desarrollo, y no vendría ya más á trabar la irritante sensación de una inferioridad autorizada. Las ventajas materiales que podía producir la continuación de la soberanía inglesa, compensarían ó no los inconvenientes que ella ocasionaba, pero no equilibraban en modo alguno los males de un sistema que reducía á nimias proporciones el carácter y la inteligencia de un sistema que condenaba á todos los colonos á permanecer perpetuamente en segunda línea,

que les impedía disputarse los primeros premios de la lucha universal, á menos que renunciasen á su derecho de nacimiento americano, de un sistema que quitaba todas las esperanzas que dan algún valor á la vida para los hombres osados y ambiciosos.

Para estos espíritus libres, audaces, la simple suposición de su inferioridad era un agravio insoportable, y, en efecto, tenida ha sido siempre como tal por las razas dueñas del globo.

Antes que aceptar, por la perspectiva de una paz y una seguridad deshonorosas, la sumisión á un orden de cosas que habría paralizado el desarrollo moral y mental del país, consintió afrontar, no solamente los peligros de una guerra con el rey de Inglaterra, sino los peligros todavía más terribles del desorden, de la violencia, de la anarquía y de un relajamiento general de los lazos sociales entre los mismos americanos.

Los acontecimientos demostraron que habían obrado con prudencia.

Y, sin embargo, estos peligros eran muy reales y muy grandes. El país estaba todavía en estado cartilaginoso; los músculos no habían aún adquirido su dureza. Se contaban ya en tal ó cual localidad algunos desórdenes. La larga lucha de la revolución había producido escenas horrosas de desorganización. Imposible es pintar con colores demasiado oscuros la ferocidad de la guerra entre *whigs* y *torys*. Los patriotas del pueblo, ya por sí solos, ya instigados por los *Hijos de la Libertad*, ó por sociedades análogas, se entregaron á los actos más deshonorosos.

En New-York se efectuaron la mayor parte de estas explosiones del populacho durante el verano de 1775.

Los abogados, los libelistas, los periodistas que con-

tribuían activamente á excitar el pueblo, aunaron muchas veces sus esfuerzos para lanzar la canalla, como una jauría, á la ejecución de estas violencias. El populacho, airado, saqueó las moradas de los ricos realistas, puso á los reaccionarios á caballo sobre barras de hierro, los envolvió con alquitrán y plumas, los maltrató de distintas maneras ó bien negó á los otros esta libertad de palabra que él tan vivamente reclama para sí mismo.

Se aborrecía y se amenazaba á los clérigos de la Iglesia episcopal ó de la Iglesia anglicana, con motivo de contener en su liturgia una parte destinada á oraciones por el rey. Por fin, el terror causado por el populacho hizo cerrar las iglesias episcopales. Expulsó al presidente del *King's College* (hoy Colombia), que era un reaccionario, y uniéndose á una partida venida del Connecticut, saqueó las oficinas del diario adicto.

Se debe, no obstante, hacerle justicia: apenas si este populacho atacó á los tribunales.

Tampoco tuvo nunca pendencia con los soldados de la guarnición, y éstos últimos pudieron embarcarse por la bahía de Massachussets cuando las hostilidades habían comenzado, pero aquél se opuso á todo embarque de provisiones y municiones destinadas á la guarnición inglesa que ocupaba Boston.

Hubo frecuentes querellas con las tripulaciones de las fragatas ancladas en la bahía, y una vez éstas tuvieron por resultado una descarga procedente de un barco de guerra que había sido amenazado.

A pesar de estos desórdenes, New-York vaciló todavía entre quemar sus barcos y lanzarse sin desaliento á favor de la causa de los patriotas. Las mismas señales exteriores de respeto se tributaron á Washington cuando pasó por New-York para ir á tomar el

mando del ejército en Boston, con Tryon, el gobernador real.

Durante este tiempo los negocios estaban completamente abandonados, y un tercio de los habitantes había abandonado la ciudad.

A principios de 1776, los verdaderos jefes de la ciudad y de la provincia, los hombres de importancia, aquellos que habían dado pruebas de entereza y habilidad, vieron que era preciso renunciar en lo sucesivo á toda esperanza de arreglo.

Habían quedado descorazonados por la turbulencia del populacho, por las ruidosas fanfarronadas y las amenazas de los que lo dirigían, y que en su mayor parte eran simples charlatanes, como Isaac Lears, que se aterró cuando pasaron los días de terror y vinieron años enteros de encarnizadas batallas, de esfuerzos penosos y de luchas sangrientas. Pero quedaron más desconsolados todavía por el espíritu de loca tiranía que demostraron el rey y el Parlamento.

La única solución aceptable era la de la independencia.

Los ciudadanos se habían mostrado muy hostiles á la asamblea colonial, formada de reaccionarios. Ellos la habían disuelto oficialmente, para sustituirla primero por una serie de comités, después por una sucesión de consejeros provinciales correspondientes al gran Congreso continental.

El populacho no tuvo jamás intervención en estos Congresos, que tenían por *leaders* hombres como Schuyler, Van Zandt, Van Cortlandt, Jay, los Livingstons, los Morris, los Van Rensselaers, los Ludlow, representantes de las principales familias de la aristocracia neoyorkina. Cuando el Congreso de New-York ratificó por unanimidad, y con entusiasta pron-

titud, la declaración de la independencia, fué porque los hombres más honrados de New-York eran partidarios de la revolución (1).

En Enero de 1776, Washington envió á uno de sus generales á tomar el mando de New-York, y en Abril vino él mismo y estableció en ésta su cuartel general, después de haber echado por fin el enemigo de Boston. Bien pronto se repartió por las calles el tropel abigarrado del ejército patriota, los unos vestidos de burdo paño ó de badana, los otros de viejos y sucios uniformes rojos, que habían llevado en la última guerra contra Francia, los marylandeses con camisas de caza de color verde, los virginianos con chaquetas blancas, la milicia de las demás colonias con diversos uniformes, y los guardias de Washington, el núcleo de las famosas tropas de línea continentales, con vestido azul y correa.

New-York entera se hallaba en estado de gran agitación. Los jóvenes y ardientes patriotas se ocupaban mañana y tarde en equipar é instruir los regimientos que formaban su contingente (2).

La ciudad no se hallaba en estado de sostener un

(1) Los nombres de los miembros de estos comités y de estos Congresos provinciales son ingleses, holandeses, hugonotes, escoceses, irlandeses y alemanes. Los ingleses figuran en primera línea, siguiéndoles los holandeses. Muchas familias estaban representadas por más de un miembro. Así, entre los Livingston, estaban Walter, Peter van Brugh, Robert L. y Philippe; entre los Ludlow, Gabriel y William; entre los Beekmans, David y William; entre los Roosevelt, Isaac y Nicolás, etcétera.

(2) Los jóvenes de las familias influyentes de la ciudad fueron, en su mayor parte, coroneles ó capitanes de los regimientos que aquélla reclutaba. Entre ellos, se contaban Henry Livingston Abraham van Wyck, John Berrian John J. Roosevelt y otros. Sin embargo, muchos de los que se distinguieron, la mayoría salían de las filas.

sitio ó de resistir el ataque de una fuerza superior. Los fuertes, tales como eran, no hubieran podido resistir otros enemigos que ligeras fragatas ó grandes navíos corsarios.

Ciertamente que los Estados Unidos—porque las colonias sublevadas se habían convertido en Estados Unidos—eran completamente vulnerables á cualquier agresor.

Su territorio, habitado tan sólo por blancos, era una estrecha extensión de terreno que se extendía á mil millas de la costa, yendo después á perderse; la frontera interior se confundía vagamente en los vastos y sombríos bosques frecuentados por los indios. El estado de guerra feroz y continua tenía á los zapadores muy esparcidos, siempre ocupados en la defensa de sus propios hogares, y no les dejaba sino cortos intervalos de tregua, durante los cuales podían acudir en ayuda de sus hermanos de las regiones colonizadas.

La frontera del Este no era sino la línea de costas, cortadas por innumerables golfos, bahías, puertos, bordeada acá y allá por grandes embocaduras de ríos accesibles á la marea, que podían introducir en el corazón del país las flotas enemigas.

La gran masa de la población y todas las ciudades principales estaban separadas del mar por una distancia fácilmente accesible.

Casi todo el comercio intercolonial hacía se por la ría fluvial ó por cabotaje, á lo largo de las costas. No había allí ninguna fortaleza ó ciudad fortificada de alguna importancia, ninguna posición fuerte que mereciese este nombre. Una potencia enemiga que fuese dueña del mar poseía una ventaja enorme. Amenazaba el comercio interior casi tanto como el exterior; amenazaba igualmente toda la línea de costas suso-

dichas, y por consiguiente, todo el país habitado que se hallaba á lo largo de esta costa; podía concentrar fuerzas donde quisiera, y podía á su antojo penetrar en el país.

Las colonias sublevadas carecían de marina, y la de la madre patria era la más potente del mundo. La madre patria tenía una población cuádruple, una riqueza céntuple, una potencia armada permanente; aquéllas no tenían nada.

Por otra parte, los colonos tenían en medio de ellos los peores enemigos. Los reaccionarios activos y los neutros formaban la mayoría de la población en muchos distritos, incluso Long-Island y Staten-Island.

Los americanos eran una raza de *yeomen* ó pequeños arrendatarios. Tenían carácter guerrero y costumbres antimilitares. Eran prudentes, bravos, patriotas; tenían corazón duro y cuerpo robusto; altivamente independientes, soportaban con impaciencia la disciplina, y estaban poco dispuestos á aprender que la obediencia es necesaria. La idea que ellos tenían de la guerra consistía en entablar una corta campaña, ordinariamente después de la recolección, y volver á su casa en invierno, ó antes, si los oficiales que los mandaban los habían despedido. Eran incapaces de comprender la necesidad de un esfuerzo sostenido.

Las rivalidades de los diferentes Estados, su pobreza, su parsimonia explícita, la vileza de la unión federal, la impotencia que resultaba de esto para el gobierno central, la incapacidad absoluta de un cuerpo como el Congreso continental para dirigir la guerra, todo se combinaba para presentar á los patriotas oscuras perspectivas.

Sólo la grandeza heroica de Washington era capaz de hacer salir la victoria de este caos de elementos.

Era entonces muy natural que el partido patriota de New-York se mirase muy bien antes de *dar el salto*; pero una vez dado, no se volvía atrás.

Ningún otro Estado al Norte de la Carolina del Sur fué tan hostigado por las fuerzas reales. Contra ningún otro dirigieron tantos esfuerzos, ni enviaron ejércitos tan numerosos, ejércitos que lo ocuparon en parte hasta el fin de la guerra. Sin embargo, el partido patriota se mantuvo firme hasta entonces, durante largos años, sin el menor desmayo, derrotando á los reaccionarios, haciendo cara, con la frente impassible, al enemigo.

Desde principios del verano se comenzaba á reunir un gran armamento en la bahía inferior.

Esta era una flota más numerosa y más temible que la famosa armada que, dos siglos antes, se había hecho á la vela desde España contra Inglaterra. Los barcos de guerra llegaban por veintenas. Los había de todas clases, desde el pesado barco de línea con sus hileras de gruesos cañones, hasta el contra-torpedo de un par de cañones ligeros. Había allí por centenas barcos de transportes y navíos cargados de provisiones.

Las escuadras sucedían á las escuadras. Componían una armada de cuarenta mil combatientes próximamente. Estaba, en parte, compuesta de Hessois y de otras tropas alemanas, alquilados por la rapacidad sangrienta de infames principillos alemanes.

Los americanos llegaron á tomar un odio verdadero á estos Hessois, á causa de los estragos que cometían y á causa de su condición de simples mercenarios; pero los verdaderos culpables no eran estas criaturas limitadas, resistentes en la batalla; los verdaderos culpables eran sus avaros y despreciables amos.

Desde la aproximación de esta gran armada, los reaccionarios se dispusieron á tramar un complot, y se tomaron las medidas más rigurosas para echar por tierra estas conspiraciones. Por una ú otra razón, la clase inferior de los vendedores de licores espirituosos estaba casi en su totalidad compuesta de reaccionarios, y la mayor parte de los complots que se descubrieron se formaban entre sus clientes.

En cuanto á la nobleza realista, se había retirado casi por completo de las líneas inglesas. Los que quedaban, incluso el alcalde y ex alcalde de la ciudad, se vieron obligados á prestar juramento de fidelidad de los más formales al Congreso continental y á la nación nueva.

Los complots reaccionarios no eran nunca mitos. Se descubrió uno que se proponía nada menos que el secuestro ó el asesinato de Washington. El principal promovedor, Thomas Hickey, soldado irlandés que había desertado del ejército real, fué ahorcado por su crimen.

Washington reconoce la locura que cometía al querer defender á New-York, con los recursos de que disponía, contra un ejército como el que avanzaba para atacarla.

Se propuso quemar la ciudad y batirse en retirada, de modo que las tropas del rey no ganasen nada con esta captura. Desde el punto de vista militar, este partido era el más ventajoso, pero las objeciones políticas que suscitaba eran insuperables.

Washington trabajaba sin cesar en la obra casi irrealizable de perfeccionar la disciplina de su ejército aguerrido, al cual faltaban las armas, el equipo, y que estaba dividido por la discordia. Castigaba severamente las violencias, siempre que podía hacerlo. Pero

un gran número de soldados saqueaban por todas partes, tratando las propiedades de los realistas como bienes confiscados de derecho, y muchas veces no tenían escrúpulo alguno en robar á los ricos whigs, alegando después que los habían tomado por reaccionarios.

Por fin, á mediados de Agosto, el general inglés, lord Howe, atacó la ciudad desahuciada. Desembarcó en Long-Island un cuerpo de quince ó veinte mil soldados, ingleses, irlandeses y alemanes (1). Las fuerzas americanas que ocupaban la isla no se elevaban á la mitad de este número; estaban acampadas cerca de Brooklyn.

Algunas de las fragatas inglesas habían remontado ya el Hudson hasta el mar de Tappan, y habían bombardeado la ciudad al bajar la corriente. Habían causado un gran pánico, pero habían hecho pocos estragos.

El ejército real desembarcó el 22, pero lord Howe, que era muy calmoso y amigo de su conveniencia, no dió el golpe hasta cinco días más tarde.

El ataque, hecho con tres columnas, comenzó por la mañana, y el triunfo fué completo. Los americanos se dejaron sorprender y derrotar por todas partes; apenas si entraron en combate la mitad de las tropas.

Una parte de las tropas americanas se condujeron bien algunos instantes, otras mostraban una bravura desesperada, pero desordenada.

Hubo una pérdida de dos mil hombres muertos, heridos ó hechos prisioneros. La pérdida de prisione-

(1) Es un hecho curioso que, en la guerra de la revolución, los alemanes y los católicos irlandeses habían formado la mayoría de los auxiliares del ejército inglés, lo cual es extraño, puesto que el elemento dominante en nuestra sangre es el inglés, y los elementos alemanes ó irlandeses vienen después.